

EDITORIAL

En el mundo global, al amparo de la ilusión de la modernidad y el desarrollo, los tiempos que vivimos son “tiempos violentos”, aquellos donde el horror se vuelve cotidiano y donde los ideales se pulverizan. Son tiempos en los que vemos miles de personas desplazadas por la violencia, la miseria y el terror, aunque también por la esperanza.

Vivimos en la “sociedad de la indiferencia”, como la llama Michela Marzano (2010) que a fuerza de ver (una y otra vez) la violencia, la miseria o el terror, se acostumbran a ella. Un día, nos conmueve la fotografía de un pequeño niño sirio ahogado en el mar, pero el sentimiento pasa pronto y dejamos de ver y oír que “el mundo nos grita”, pide auxilio desesperadamente (hasta se habla de la tercera guerra) y parece que nadie lo escucha.

Cuando Zygmunt Bauman (2014) habla de los “tiempos líquidos”, esos que se van entre los dedos antes siquiera de comprenderlos, reflexiona sobre dos de las grandes consecuencias de la modernidad en esta época global: la producción en serie de refugiados y los millones de inmigrantes deambulando en su camino al norte. Ambos fenómenos son complejos y apremiantes, no por los intereses de los grandes países, empresas u organismos internacionales, sino por los millones de personas que han quedado sin hogar e incluso sin país. En “un mundo repleto de comunidades imaginarias, ellos son los inimaginables” (Bauman), se les trata como seres de desecho que, cuando tienen suerte, son arrinconados en campamentos, detenidos, sometidos, perseguidos. Trágicamente, aunque no quieran estar, tampoco tienen a dónde ir. Su casa ha desaparecido, atrás no queda nada: “No cambian de lugar, pierden su lugar en el mundo”.

Los migrantes, dice Bauman, en ocasiones pueden reciclarse porque hacen las labores que nadie quiere hacer, sin embargo, también son deportados y perseguidos por actitudes racistas y discriminatorias, por el miedo y la incertidumbre que vivimos en los tiempos actuales. Muchos de ellos, se convierten en seres desechables, esos que mueren sin que a nadie le importe. La explicación es la violencia y el terror que imperan, aunque también son evidentes la intolerancia, la ceguera y el desdén ético de aquellos “más afortunados” que ven amenazado su estilo de vida, aunque éste sea el del consumismo descarnado.

Nuestro tiempo, es el de los fundamentalismos (tanto los del EI como los de un tal Trump) en donde las soluciones mutuas se ven inalcanzables, en el que no atisbamos caminos posibles, porque los múltiples intereses personales, comerciales, regionales los cierran. La salida, sólo temporal, para los desplazados, para los

migrantes, para los que sólo reclaman un poco de dignidad es la resignación, asumir que este mundo no es el de ellos pero, desgraciadamente, tampoco el de sus hijos.

La geopolítica mundial no termina las guerras, las inicia y se aprovecha de ellas ¿Los seres humanos? Son sólo daños colaterales.

Rebeca E. Contreras López
Diciembre 2015